

merciantes se apresuran a exhibir en sus vitrinas radiosas los juguetes sin cuento que el niño Dios ha de distribuir entre sus compañeros afortunados.

Los niños observan y admiran, mientras tanto, con emoción ansiosa, los juguetes que tal vez luego, a la hora misteriosa del alba, pondrá sigilosamente en su cabecera una mano cariñosa e invisible. La legión infantil, desordenada y bulliciosa, inunda las calles, se arremolina en las aceras, impidiendo el paso a los transeuntes mayores, o desfila con lentitud de observador por delante de las tiendas atiborradas de chucherías y juguetes. ¡Qué expectativa tan dulce y, a la vez, tan ansiosa!

Pero... pero no solamente para los hombres, para los niños también el destino, el acaso, la desgracia, como se quiera, tiene burlas odiosas:—entre esos niños que con avidez llena de esperanza confusa contemplan los escaparates de los almacenes, hay algunos infelices desheredados que no recibirán su juguete de Noche Buena, porque los ricos, los pudientes egófstas, no han echado con disimulo un óbolo

en la lucha vacía y lacia del niño Dios para que este cariñoso trasnochador pueda poner una baratija cualquiera bajo la dura almohada del niño menesteroso.

Esa injusticia dejará un fermento de odio en el alma del niño olvidado y ese odio inconsciente impedirá tal vez que, al hacerse hombre, viciado por esa savia, el chiquillo sea bueno.

Es menester, sí, es menester que la caridad una sus mil brazos en un esfuerzo común para que los niños pobres reciban también el juguetillo insignificante que ha de poner, sin embargo, en su alma una alegría semejante a la alegría que despierta en un bosque lleno de pájaros la irrupción de la aurora.

No dejemos que los niños se pongan tristes con la tristeza letal de la envidia. Que los grandes suframos, que devoremos nuestra impotencia rabio-a frente a frente de imposibles ideales; que el gusano de la envidia nos muerta con furia los hígados... vaya en buenahora; pero los niños, ¡vive Dios!, los niños no deben sufrir.

Gastón de Silva

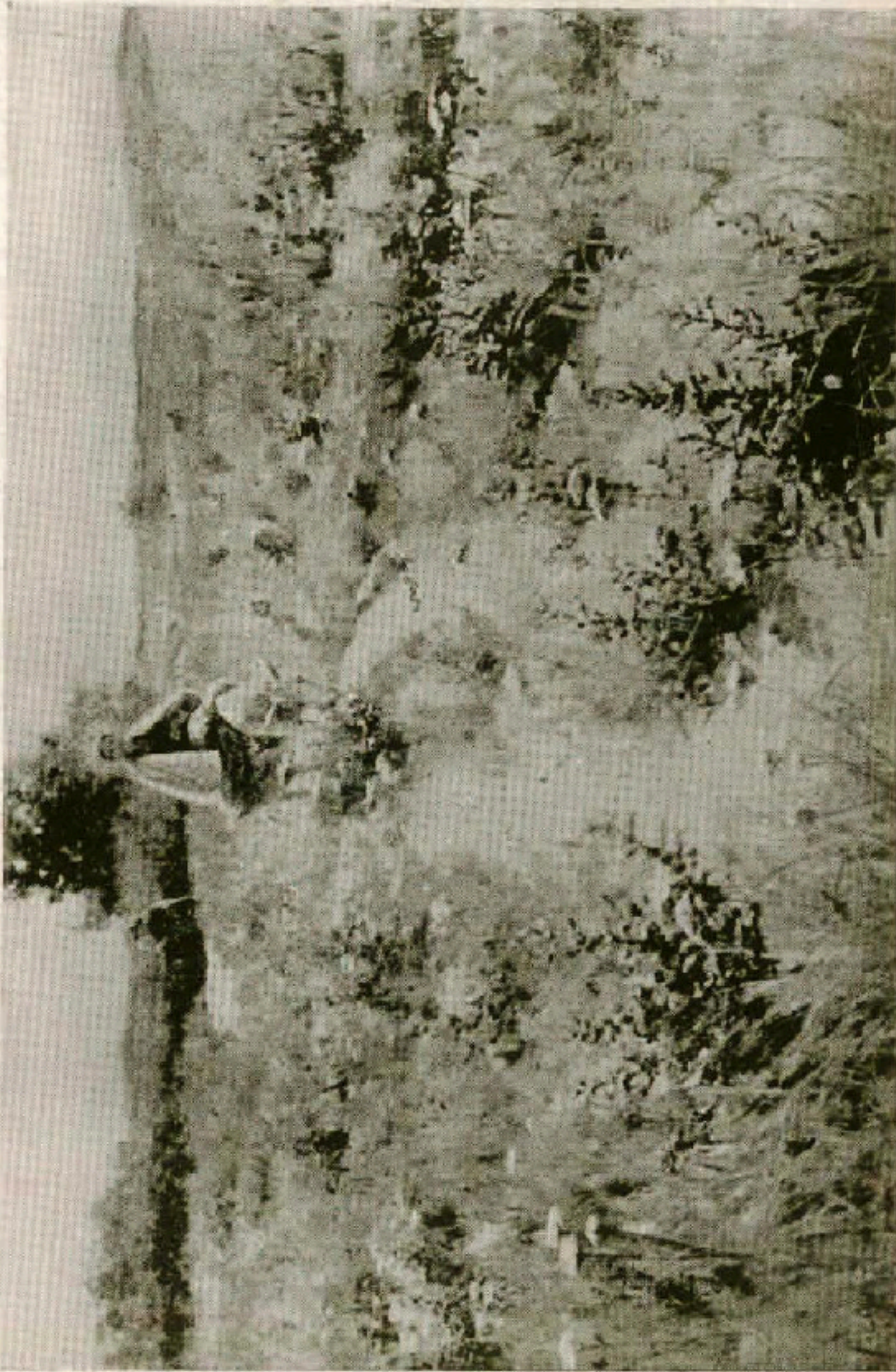
Nochebuena Colombina

A Justo A. Jacio

Del monte descenden ocho campesinos
con sus herramientas, que llevan al hombro...
Todas las montañas, todos los caminos,
bañan de fulgores rayos purpurinos
y hay olor de musgos y olor de cohombro.

Están jubilosos todos los labriegos
con las aleluyas de la nochebuena;
junto a los portales preparan sus juegos
y el músico ensaya, sin darse a los ruegos,
un floreo antiguo que el espacio llena.

Las rosas y guarias fingen incensarios
que aroman las brisas con gratos olores;
las aves del bosque riman himnos varios,
y van los repiques de los campanarios
peinando la fronda vestida de flores.



LA HUIDA A EGIPTO

(Cuadro de Jorge Hitechock)

Suspende sus cantos la agreste chicharra
que habla de bochorno con sus retintines,
y una danza alegre la quietud desgarrá,
una danza alegre que da la guitarra
entre los alegros que dan dos violines.

Ensayan las brisas fugaces canciones
en la enredadera que enfloró las chozas;
revientan las dalias que están en botones;
y al compás del ritmo de los acordeones
enarcan los talles los mozos y mozas...

Con los ojos mustios una viejecita
sigue los compases de la antigua danza;
oye en los danzantes una ardiente cita
y mientras su sangre de placer palpita,
acude a su mente feliz remembranza.

¡Oh, las remembranzas de pasados días
que surgen festivas en las nochebuenas,
en las nochebuenas llenas de alegrías,
mientras finge el aura vagas sinfonías
sobre las corolas de las azucenas!

Y la viejecita de setenta abriles
habla a los muchachos de cosas extrañas:
ella vió danzando los indios pipiles
al són de marimbas y de tamboriles
allá en los palenques, bajo las montañas;

Los indios pipiles, que de Nicaragua
vinieron por montes a ver los güetares,
que habitaban ranchos con techos de tagua,
cerca de los templos del Sol y del Agua,
cerca de los templos del dios de los mares.

Ella oyó en las selvas el canto del quioro,
aquel canto triste de esa ave picuda,
aquel canto triste con dejos de lloro;
y vió la esmeralda y el rubí del loro,
y vió los quetzales de cítara muda.

Y habla de las palmas y de los nopales,
del empuje ciego de una danza en fuga
que pasó chafando los verdes maizales,
y habla de los rualdos y de los turpiales,
y de los quijongos y de la tortuga.

Ella sabe de indios llenos de tatuajes,
llenos de vigores, llenos de pujanzas,
que fueron bizarros, cruzando boscajes,
en pos de otros pueblos, con iras salvajes,
ora con sus flechas, ora con sus lanzas.

Y la viejecita, llena de alegrías,
endulza sus labios con sonrisas francas,
y mientras resuenan las algarabías,
ella hace recuerdos de las chirimías
y los atabales de los talamancas.

Ella bien recuerda, con duelo infinito,
de todo el imperio del cacique azteca,
y de las ofrendas, junto al monolito,
de tribus venidas desde Garabito,
y habla de algodones y habla de su rueca.

Ella bien recuerda los conquistadores
de mostachos negros y de voz extraña,
fornidos y adustos, como domadores,
que llevaron oro, curreces y flores
con que sorprendieron las gentes de España.

¡Pobre viejecita! Sus goces precarios
quizá no revivan con nuevos repiques
que alarguen los broncees de los campanarios;
ni reminiscencias de placeres varios,
de dantas en fuga y bravos caciques.

Quizá el año entrante, por la nochebuena,
no alegren sus labios fugaces sonrisas,
cuando cante el viento sobre la azucena
y se oigan rumores como de colmena,
al són de las danzas que llevan las brisas.

¡En los ojos mustios de la viejecita
ya no se dibujan vagas lontananzas!
¡Tiene mucho frío, bosteza y tirita,
y mientras la gente de solaz palpita,
ella ve el desfile de sus añoranzas!

Cisimaco Chavarria



REGRESO DE EGIPTO DE LA SACRA FAMILIA

(Cuadro de J. J. Tissot)